

Virgilio, *Eneida VI* (traducción rítmica)

ANTONIO ALVAR EZQUERRA

A mi padre, que también me estará esperando
en algún lugar de los Campos Elisios.

- Así dijo llorando y deja a la flota libres las riendas
y por fin se llega a las costas Euboicas de Cumas.
Se vuelven al piélago las proas; luego con diente tenaz
el ancla sujetaba las naves y las playas las curvas
[5] popas adornaron. Un puñado ardiente de jóvenes brilla
en la playa Hesperia; busca una parte semillas de llama
escondidas en las venas de sílice, otra —densos techados
de fieras— saquea selvas y ríos descubiertos señala.
- Mas Eneas piadoso a los alcázares que Apolo el excelso
[10] preside, y lejos a los secretos de la horrenda Sibila
—antro enorme— se dirige, a quien mente y ánimo grandes
el Delio inspira adivino y abre lo que ha de venir.
Ya suben a los bosques de Trivia y a sus áureos techos.
- Dédalo, según fama, al huir de los reinos Minoicos
[15] osando confiarse con raudas plumas al cielo,
por camino insólito navegó hacia las gélidas Osas,
y por fin ligero se posó sobre el alcázar Calcídico.
De regreso a estas tierras, lo primero, Febo, a ti consagró
los remos de sus alas y puso templos enormes.
[20] La muerte de Andrógeo, en sus puertas; luego, mandados pagar
como penas cada año (¡qué desdicha!) los Cecrópidas siete

- cuerpos de sus hijos; está la urna para las suertes sacadas.
En frente responde la tierra Cnosia, elevada en el mar:
aquí, el amor cruel por un toro y al hurto dispuesta
- [25] Pasífae, y su linaje mezclado y su prole biforme
—el Minotauro— están, recuerdos de una Venus nefanda,
aquí, aquel trabajo de su casa y el laberinto intrincado;
mas en verdad compadecido del gran amor de una reina
Dédalo mismo resolvió los engaños del techo y sus vueltas,
- [30] guiando con hilo las ciegas huellas. Tú también una gran
parte en tanta obra, si el dolor dejara, Ícaro, habrías tenido.
Dos veces había intentado imitar tus caídas en oro,
dos veces cayeron sus manos de padre. Y aún habrían seguido
leyendo todo con sus ojos, si Acates ya, enviado delante,
- [35] no llegara y con él la sacerdotisa de Febo y de Trivia,
Deífobe de Glauco, que habla tales cosas al rey:
«No reclama esos espectáculos este momento;
ahora de un rebaño intacto sacrificar siete novillos
convendría, y tantas ovejas según costumbre selectas».
- [40] Tras hablar tales cosas a Eneas (y no aplazan la sacra
orden los hombres), a los altos templos convoca ella a los Teucros.

- Cortado está el flanco enorme de la roca Euboica cual antro
a donde llevan cien anchas entradas, cien bocas
de donde salen otras tantas voces, de Sibila respuestas.
- [45] Llegado se había al umbral, y la virgen «tiempo es de indagar
los hados —dice— ¡el dios, he aquí el dios!», y la que habla de esta manera
ante las puertas de pronto ni rostro, ni un solo color
conserva, ni cabellos en orden; mas jadeante su pecho
y el fiero corazón de rabia se hinchan, y parece mayor
- [50] y que no suena a mortal, al ser por la fuerza inspirada
del dios, ya más cercana. «¿Tardas en tus votos y preces
—dice— Eneas Troyano? ¿Tardas? Pues antes no se abrirán
las grandes bocas de esta casa posesa». Y al decir tales cosas,
se calló. Gélido a los Teucros corrió por sus duros
- [55] huesos un temblor, y el rey preces vertió del pecho profundo:
«Febo, siempre compasivo con los graves trabajos de Troya,
que guiaste las Dárdanas flechas y la mano de Paris
contra el cuerpo del Eácida, a tantos mares que enfrentan
grandes tierras entré bajo tu mando, hasta los pueblos remotos
- [60] de los Masilos y los campos tendidos ante las Sirtes:
ya hemos alcanzado por fin las costas de Italia que huía.

- ¡Que sólo hasta aquí nos haya seguido la fortuna Troyana!
ya es de ley que vosotros también perdonéis al pueblo de Pérgamo,
dioses y diosas todos, a quienes se opuso Ilión y la enorme
[65] gloria de Dardania. Y también tú, oh santísima vate,
sabedora de lo que ha de venir, da (no pido indebidos
reinos a mis hados) que los Teucros en el Lacio se asienten,
sus dioses errantes y los númenes agitados de Troya.
Luego a Febo y a Trivia de sólido mármol un templo
[70] levantaré, y días festivos por el nombre de Febo.
También para ti habrá en nuestros reinos grandes santuarios:
pues aquí yo tus suertes y los hados arcanos
dichos a mi pueblo pondré y te consagraré unos hombres,
nutricia, elegidos. Tan sólo no pongas en hojas tus cantos,
[75] no sea que vuelen movidos, juguetes de rápidos vientos;
que cantes tú misma pido». Dio fin a hablar con su boca.

- Mas, aún no sometida a Febo inmenso, en el antro
va cual bacante la vate, intentado del pecho al enorme
dios expulsar; tanto más aquel fatiga su boca
[80] rabiosa y, domando el fiero corazón, la somete apretando.
Y ya las cien puertas ingentes de la casa se abrieron
solas y por las auras las respuestas de la vate propagan:
«Oh por fin tú que has cumplido en el piélago grandes peligros
(pero quedan en tierra más graves), de Lavinio a los reinos
[85] los Dardánidas vendrán (quita del pecho este cuidado),
pero no querrán haber llegado. Guerras, horribas guerras,
y el Tíber espumante de mucha sangre diviso.
Ni Simunte ni Janto ni campamentos de Dorios a ti
te faltarán; ya en el Lacio se ha parido otro Aquiles
[90] nacido él también de diosa; ni a los Teucros Juno añadida
nunca ha de faltar, cuando tú suplicante en apuros
¡a qué pueblos de Italia o a qué ciudades no rogarás!
Causa de mal tan grande, una esposa de nuevo huésped de Teucros
y tálamos de nuevo extranjeros.
[95] Tú no cedas ante los males, mas ve en contra más atrevido
por donde tu Fortuna te deje. El primer camino que salva
(en absoluto lo piensas) de una ciudad Griega vendrá».

- Con tales dichos desde el santuario la Sibila Cumana
canta horrendos enigmas y resuena en el antro,
[100] envolviendo con misterios verdades: esos frenos sacude

- a la que delira Apolo y bajo su pecho vuelve aguijones.
Tan pronto cesó el delirio y descansaron sus bocas rabiosas,
empieza el héroe Eneas: «Ninguno de los sufrimientos,
oh virgen, me harás novedoso, ni inesperado se eleva;
[105] todos he previsto y en mi ánimo conmigo antes he recorrido.
Una cosa pido: ya que aquí la jamba del rey del infierno
se dice y la sombría laguna con Aqueronte que fluye,
que ir a presencia de mi querido progenitor y a sus rostros
pueda yo; que enseñes el camino y abras las puertas sagradas.
[110] A él a través de las llamas y de mil dardos detrás
lo salvé en estos hombros y de entre enemigos saqué;
él, acompañando mi camino, todos los mares conmigo
y todas las amenazas de piélago y cielo sufría,
inválido, más allá de fuerzas y lote de su vejez.
[115] Es más, que te buscara suplicante y a tus umbrales viniera,
él mismo pidiendo daba esos mandatos. De hijo y de padre
nutricia, lo ruego, apiádate (pues todo lo puedes y a ti
no en vano Hécate te puso al frente de los bosques Avernos),
si pudo traerse de su esposa los manes Orfeo,
[120] confiado en su cítara Tracia y en sus cuerdas canoras,
si Pólux redimió con muerte alterna a su hermano
y va y vuelve la vía tantas veces. ¿De Teseo, del grande
Alcida he de recordar? También mi estirpe es de Jove supremo».

- Con tales dichos oraba y tenía las aras cogidas,
[125] cuando así la vate empezó a hablar: «Sembrado con sangre de dioses,
Troyano Anquisiada, es fácil la bajada al Averno:
noches y días está abierta la jamba de Dite el sombrío;
mas retroceder el paso y salir a las auras de arriba,
trabajo y esfuerzo exige. Pocos, a quienes benévolo amó
[130] Júpiter o elevó a los éteres su ardiente virtud,
pudieron, nacidos de dioses. Hay selvas por todo entremedias
y el Cocito con su fluir la rodea con sombrío meandro.
Mas, si tienes tanta pasión en tu mente, si tanto deseo
de cruzar dos veces el lago Estigio y ver dos veces los negros
[135] Tártaros y te gusta entregarte a un insano trabajo,
escucha qué se ha de hacer primero. Se oculta en árbol umbroso
áurea rama tanto de hojas como de tallo flexible,
consagrada a Juno infernal; a ésta entero lo cubre
un bosque y en hondos valles oscuros sombras la encierran.
[140] Pero bajar a los secretos de la tierra a nadie se deja

- si antes no corta del árbol retoños de cabello dorado.
Que se le lleve esto como regalo, Prosérpina hermosa
dispuso. Una vez arrancado el primero, otro no falta
de oro y su vara se llena de fronda del mismo metal.
- [145] Busca arriba, pues, con tus ojos y, según el rito, al hallarlo
cógelo con tu mano; que él de grado y fácil te ha de seguir,
si a ti los hados te llaman; si no, con fuerza ninguna
podrías vencerlo, ni tampoco con duro hierro arrancarlo.
Además, yace tirado el cuerpo de tu amigo sin vida
- [150] (¡ay, lo ignoras!) y mancilla con su muerte toda la escuadra,
mientras pides consejos y en nuestro umbral te retardas.
A él, devuélvelo antes a su sitio y guarda en sepulcro.
Llévale negras ovejas; sea ése tu tributo primero.
Sólo así bosques de Éstige y reinos a los vivos prohibidos
- [155] verás». Dijo y enmudeció con la boca cerrada.
- Eneas, clavado de luces en su rostro afligido,
avanza dejando el antro y da vueltas a ciegos
sucesos consigo en su ánimo. Con él Acates fiel
va de compañero y clava sus pasos con cuitas parejas.
- [160] Muchas cosas entre sí en variada charla tejían,
qué amigo sin vida, qué cuerpo para enterrar la adivina
decía. Y así ellos en la playa seca a Miseno,
tan pronto llegaron, ven de muerte indigna acabado,
Miseno Eolida, mejor que el cual nadie podía
- [165] llamar con bronce a los hombres, y a Marte excitar con su canto.
De Héctor grande éste había sido compañero, de Héctor al lado
marchaba en las peleas, insigne por su clarín y su lanza.
Después de que Aquiles victorioso le despojó de la vida,
al Dardanio Eneas ese héroe lleno de fuerza
- [170] se juntó como socio, sin aceptar destinos menores.
Mas, mientras por azar con hueca concha hace sonar la llanura,
demente, y con su canto a combates llama a los dioses,
envidioso Tritón, si es digno de creerse, cogiendo
al varón habíalo hundido entre rocas con ola espumosa.
- [175] Por eso, todos en torno con gran griterío gemían,
sobre todo Eneas piadoso. Entonces de Sibila las órdenes,
sin tardanza, apresuran llorando y el altar del sepulcro
levantar con árboles y llevarlo hasta el cielo pretenden.
Se va a una selva antigua, establos profundos de fieras;
- [180] sucumben pinos, suena sacudida con segures la encina

y troncos de fresnos con cuñas y roble fácil de hender
se cortan, hacen rodar olmos en los montes enormes.

Y también Eneas, el primero entre tales trabajos,
exhorta a sus socios y se ciñe con armas parejas.

- [185] Él mismo, en su corazón entristecido da vueltas a todo,
mirando la selva inmensa, y así implora por suerte:
«¡Si ahora a nosotros aquel ramo de oro en el árbol
se nos mostrara en bosque tan grande! ¡Todo verdad,
ay, en exceso cuando de ti, Miseno, habló la adivina!».
- [190] Apenas había dicho, y por suerte palomas gemelas
bajo el rostro mismo del varón vinieron del cielo volando,
y se echaron en el verde suelo. Entonces el héroe grande
reconoce las aves maternas e implora contento:
«Sed mis guías, si hay vía alguna, y por las auras el curso
[195] dirigid a los bosques donde el rico ramo oscurece
fértil humus. Y tú, oh, no me faltes en momentos dudosos,
madre divina». Tras decir así, contuvo sus pasos
observando qué señales traían, a dónde prosiguen.
Picoteando ellas avanzaban tanto volando
[200] cuanto podían verlas los ojos de los que seguían.
Luego, cuando llegaron a las fauces del Averno hediondo,
se elevan rápidas y, por el líquido aire cayendo,
en asientos buscados sobre un árbol doble se posan,
donde por los ramos de oro brilló una aura de vario color.
- [205] Cual suele en las selvas el muérdago durante el frío invernal
reverdecer con fronda nueva, que su propio árbol no siembra,
y con azafranado fruto circundar los troncos redondos,
tal era el aspecto del oro retoñando en umbrosa
encina, así crepitaba la hoja metálica al viento süave.
- [210] Arranca Eneas en seguida y ansioso desgaja
al que resiste, y lo lleva a los techos de la vate Sibila.

No menos entretanto a Miseno en la playa los Teucros
lloraban y a su ingrata ceniza daban las últimas honras.

Al principio, con teas y roble cortado una pira

- [215] construyeron resinosa y grande, a la que con frondas oscuras
cubren los lados, y fúnebres cipreses delante
colocan y la decoran encima con armas fulgentes.
Unos, sobre llamas cálidos líquidos y bronces colmados
disponen y lavan el cuerpo del cadáver y lo ungen.

- [220] Se alza un gemido. Luego en lecho los miembros llorados disponen,
y encima vestidos de púrpura, ropajes bien conocidos,
arrojan. Otros subieron con el féretro enorme,
triste deber, y hacia abajo —según costumbre paterna—
la antorcha pusieron, vueltos de espaldas. Juntos se queman
- [225] ofrendas de incienso, alimentos, crateras de aceite vertido.
Después de caer las cenizas y aquietarse la llama,
los restos con vino lavaron, y la pavesa sedienta,
y guardó los huesos cogidos Corineo en urna de bronce.
Él mismo tres veces dio vuelta con agua pura a los socios,
- [230] mojándolos con leve rocío y un ramo de fértil olivo,
y purificó a los hombres y las palabras últimas dijo.
Mas Eneas piadoso de ingente tamaño un sepulcro
dispone para el varón, y sus armas y el remo y la tuba
bajo monte muy alto, que ahora Miseno por él
- [235] se llama y tiene así su nombre eterno por siglos.

Hecho esto, prosigue los preceptos de Sibila con prisa.
Una cueva profunda hubo y enorme por su vasta abertura,
rocosa, protegida por negro lago y tinieblas de bosques,
sobre la cual ave ninguna podía sin daño

- [240] abrirse camino con sus plumas: hálito tal de sus negras
fauces salía elevándose a los cielos convexos.
[Por lo que llamaron Aorno al lugar de nombre los Griegos.]
Cuatro novillos primero aquí de lomos negruzcos
dispuso la sacerdotisa y vertió vinos sobre su frente,
- [245] y arrancando entre los cuernos las crines más largas
las echa en los fuegos sagrados, ofrendas primeras,
llamando a voces a Hécate, que cielo y Érebo rige.
Clavan otros debajo cuchillos y el tibio crüor
cogen en fuentes. Eneas mismo, oveja de negro vellón
- [250] por la madre de las Euménides y su hermana potente
con la espada hiere, y una vaca estéril por ti, Proserpina;
luego, para el rey Estigio prepara aras nocturnas
y sólidas vísceras de toros coloca en sus llamas,
vertiendo sobre las entrañas que arden aceite grasiento.
- [255] He aquí, entonces, que al umbral del primer sol y de su salida,
bajo los pies comenzó el suelo a mugir, y a moverse las cimas
de las selvas, y que aullaban perras pareció entre la sombra,
al acercarse la diosa. «Lejos, oh, idos lejos, profanos»,
exclama la vate, «y del bosque entero marchaos;

- [260] y tú, ponte en camino y saca el hierro ya de la vaina:
ahora hace falta ánimo, Eneas, ahora un pecho muy firme».
Tras decir solo esto, entró en la gruta abierta, fuera de sí;
aquel con no tímidos pasos iguala a su guía que avanza.
- ¡Dioses, que tenéis el imperio de las almas, y sombras silentes,
- [265] Caos y Flegetón, extensos lugares en noche callados!,
dejadme contar lo oído, dejadme con vuestro poder
desvelar cosas en tierra profunda y oscuridad sumergidas.
- Iban oscuros bajo noche desierta a través de la sombra
y de las casas de Dite vacías y de reinos inanes:
- [270] del modo que bajo luz escasa a través de luna insegura
hay un camino en las selvas, cuando ocultó al cielo con sombra
Júpiter y la negra noche robó el color a las cosas.
Ante el mismo vestíbulo y en las primeras fauces del Orco,
Llanto y Cuitas vengativas sus cubiles pusieron,
- [275] y habitan pálidas Enfermedades y triste Vejez,
y Miedo y Hambre, que mal aconseja, y la infame Pobreza,
formas terribles de ver, y también Muerte y Fatiga;
luego, Sopor, pariente de Muerte, y los Gozos malignos
de la razón, y en umbral enfrentado Guerra mortífera
- [280] y tálamos férreos de Euménides y Discordia demente,
de viperina cabellera trenzada con cintas crüentas.
En medio extiende sus ramos y brazos añosos
un olmo espeso, enorme, cuya sede, se dice, los Sueños
vanos ocuparon, y fijos a todas sus hojas están.
- [285] Hay además otros muchos monstruos de fieras variadas,
Centauras a las puertas están en establos y Escilas biformes,
y Briareo de cien brazos y la bestia de Lerna
que lanza horrible silbido, y Quimera armada de llamas,
Gorgonas y Harpías también, y el cuerpo de tríplice sombra.
- [290] Coge, entonces, el hierro, turbado por repentino pavor,
Eneas y muestra a los que se acercan el filo desnudo,
y, si a él su sabia compañera que tenues vidas sin cuerpo
revuelan no advierte, bajo el reflejo de su forma vacío,
se lanza y en vano con el hierro habría hendido las sombras.
- [295] De aquí, la vía que lleva al agua del Aqueronte Tartáreo.
Un turbio torbellino aquí, de cieno y de abismo sin fin,
se agita violento y toda su arena al Cócito erupta.
Estas aguas y estos ríos guarda horrendo barquero,

- Caronte de terrible miseria, en cuyo mentón abundantes
[300] canas hay sin aseo, fijas están sus luces de fuego,
sórdida capa de sus hombros cuelga anudada.
Él mismo una balsa arrastra con pértiga y la rige con velas,
y transporta cuerpos en su esquiife herrumbroso,
ya muy viejo, pero es la vejez intacta y verde de un dios.
[305] Hacia aquí, a las orillas, todo un gentío corría disperso,
madres y hombres, y cuerpos con la vida cumplida
de héroes valientes, muchachos y muchachas solteras,
jóvenes puestos ante los rostros de sus padres en piras:
como en las selvas con el frío primero de otoño abundantes
[310] hojas caen sueltas, o en tierra desde el abismo profundo
se amontonan aves abundantes, cuando un año de frío
las hace huir tras el ponto y las envía a cálidas tierras.
Estaban pidiendo cruzar los primeros su curso
y tendían, con deseo de la orilla opuesta, las manos.
[315] Mas el triste navegante coge ahora a éstos, ahora a aquéllos,
y a los otros, apartados de la arena, rechaza.
Eneas, admirado en verdad y por el tumulto movido,
«Di —pregunta— oh virgen ¿qué significa este tropel hacia el río?
¿o qué desean las almas? ¿por qué razón las orillas
[320] dejan unas o barren otras los cárdenos vados con remos?».
A aquél habló brevemente así la sacerdotisa longeva:
«Nacido de Anquises, segurísima prole de dioses,
ves los estanques profundos del Cócito y la Estigia laguna,
por cuyo poder temen los dioses jurar y mentir.
[325] Todo éste que contemplas, es gentío pobre y sin tumba;
aquel, el barquero Caronte; los que el agua lleva, enterrados.
No les puede las orillas horrendas y las roncadas corrientes
cruzar antes de que sus huesos en sepulcros descansen.
Cien años vagan y en torno a estas playas revuelan;
[330] luego, por fin aceptados, pueden ver los estanques ansiados».
Se paró el sembrado de Anquises y redujo sus pasos,
pensando mucho y deplorando en su ánimo ese inicuo destino.
Contempla allí, tristes y carentes del honor de la muerte,
a Leucaspis y Orontes, jefe de la escuadra de Licia,
[335] a quienes, partidos con él de Troya por llanuras ventosas,
los sumergió el Austro, envolviendo nave y hombres con agua.

He aquí que se acercaba Palinuro el piloto,
que antes en la ruta de Libia, mientras los astros observa,

- había caído de la popa, arrojado en las olas.
- [340] Apenas lo descubrió triste en la intensa penumbra,
así le habla primero: «¿Palinuro, cuál de los dioses
te arrancó de nosotros y bajo la llanura te hundió?
Dime, vamos. Pues, nunca antes por mí encontrado en mentira,
Apolo engañó mi ánimo tan sólo con esta respuesta,
[345] quien cantaba que tú sin daño del ponto y a las tierras
Ausonias vendrías. ¿Ésta es la promesa fiada?».
Él por su parte: «Ni a ti el trípode de Febo mintió,
jefe Anquisfada, ni dios alguno en la llanura me hundió.
Pues, desgajado por azar con mucha fuerza el timón,
[350] al que como custodio estaba sujeto y el curso regía,
lo arrastré conmigo al caer. Juro por los ásperos mares
que no se apoderó de mí temor ninguno tan grande
como por que, privada de armas, falta de guía,
tu nave fallara al levantarse olas tan grandes.
- [355] Tres noches invernales el Noto por las llanuras inmensas
me llevó violento en el agua; apenas a la cuarta mañana
divisé Italia, elevado, desde encima de una ola.
Poco a poco nadaba a tierra; ya la tenía segura,
si una gente cruel, pesado con mi ropa mojada
- [360] y agarrando la cima áspera de un monte con manos curvadas,
no me hubiera atacado a hierro, creyéndome, necia, su presa.
Ya el oleaje me tiene y en la playa me voltean los vientos.
Por eso a ti por la luz gozosa del cielo y las auras,
por tu padre te pido, por la esperanza de Julo que surge,
- [365] sálvame, invicto, de estos males: o tú a mí un poco de tierra
me echas, pues puedes, y me buscas en los puertos Velinos;
o tú, si hay vía alguna, si alguna la divina creadora
te muestra (pues, creo en efecto, no sin el poder de los dioses
te propones cruzar ríos tan grandes y la Estigia laguna),
- [370] me das tu diestra, infeliz, y me llevas por las olas contigo,
de modo que descanse en mi muerte al menos en sedes tranquilas».
Había hablado así, cuando así comenzó la adivina:
«¿De dónde, Palinuro, te viene este deseo tan cruel?
¿Tú, insepulto, las aguas Estigias y la corriente severa
[375] de las Euménides vas a ver o irás, sin permiso, a su orilla?
Deja de esperar que se dobleguen hados de dioses con ruegos,
mas guarda esto en la memoria, consuelo de tu duro destino.
Pues unos vecinos, a lo largo y ancho a través de sus pueblos

- guiados por prodigios celestes, darán a tus huesos honores,
[380] alzarán un túmulo y al túmulo rendirán sacrificios,
y el lugar tendrá el nombre de Palinuro por siempre».
Con estos dichos, se fueron las cuitas y quitó de momento
dolor de su triste corazón; le alegra un país con su nombre.
- Y así acaban el camino empezado y al río se llegan.
[385] El navegante, cuando desde la ola Estigia los vio
ir por el bosque callado y su pie acercar a la orilla,
así el primero avanza diciendo y por su cuenta les grita:
«Seas quien seas, que te diriges a nuestros ríos armado,
vamos, dí a qué vienes, ya desde ahí y tu marcha detén.
[390] Lugar de sombras es éste, de sueño y soporífera noche:
no es posible en la quilla Estigia llevar cuerpos vivos aún.
Ni me alegré en verdad cuando al Alcida que vino
recibí en el lago, ni a Teseo ni tampoco a Pirítoo,
por más que fueran nacidos de dioses e invictos de fuerzas.
[395] Aquel al guardián del Tártaro lo encadenó con su mano
y lo arrastró temblando desde el trono del mismísimo rey;
estos trataron de sacar del tálamo a la esposa de Dite».
Contra esto la adivina Anfrisia habló brevemente:
«Insidia ninguna hay aquí como esas (de inquietarte desiste),
[400] ni traen los dardos violencia; el enorme portero en su cueva
ladrando por siempre aterre a las sombras exangües,
la casta Prosérpina siga fiel al umbral de su tío.
Eneas Troyano, famoso por su piedad y sus armas,
desciende a su progenitor en las profundas sombras del Érebo.
[405] Si a ti ninguna imagen te mueve de tanta piedad,
al menos este ramo (muestra el ramo que en la ropa ocultaba)
reconoce». Entonces su corazón henchido de ira se aplaca;
Nada más a esto. Él, admirando el don venerable
de la rama fatal que después de largo tiempo veía,
[410] vuelve la popa cerúlea y a la orilla se acerca.
Luego, a otras almas, que por los largos bancos estaban sentadas,
las echa y aligera los puentes; recibe al tiempo en el casco
al enorme Eneas. Gimió bajo su peso la barca
ligera y recibió, agrietada, abundante pantano.
[415] Por fin, a vate y hombre incólumes al otro lado del río
desembarca en el limo informe y sobre ova vercosa.
- Cérbero enorme estos reinos con ladrido trifauce
hace sonar, tendido inmenso en cueva de frente.

Viendo la vate que sus cuellos se erizaban ya de culebras,
[420] un bocado adormecedor con miel y frutos drogados
le lanza. Él, abriendo sus tres gargantas con hambre rabiosa,
cogió lo que se le echaba y sus dorsos inmensos aflojó,
tendido en el suelo, y se estiró enorme por toda la cueva.
Ocupa Eneas la entrada con su guardián dormitando
[425] y huye veloz de la orilla del agua sin regreso posible.

Pronto se oyeron voces y un enorme vagido
y almas que lloran de niños, al principio del todo,
a los que excluidos de la dulce vida y arrebatados del pecho,
se los llevó negro día y en acerbo funeral los hundió;
[430] junto a estos, los condenados por un falso crimen a muerte.
No les dieron estas sedes en verdad sin sorteo, sin juez:
Minos, el fiscal, mueve la urna; él de silentes
una reunión convoca y conoce sus vidas y faltas.
Luego ocupan lugares cercanos los tristes, que muerte
[435] sin culpa se causaron con su mano y, odiando la luz,
arrojaron sus almas. ¡Cómo en el alto éter desearían
ahora soportar pobreza y duros esfuerzos también!
Ley divina se opone y triste laguna de ola execrable
los ata y la Éstige, nueve veces interpuesta, los guarda.
[440] No lejos de ahí, extendidos hacia todas partes, se muestran
los Campos que Lloran; así de nombre los llaman.
Aquí, a quienes duro amor mediante peste cruel consumió
calles secretas los ocultan y, en torno, de mirto
una selva los cubre; ni en la muerte sus cuitas los dejan.
[445] En estos lugares a Fedra y a Procris y a la triste Erifila
que muestra las heridas de su hijo cruel, reconoce,
y también a Evadne y Pasífae; Laodamía con ellas
va de compañía y el joven antaño, fémina ahora, Ceneo,
de nuevo devuelto por el hado a su antigua figura.
[450] Junto a ellas, recién llegada por su herida, Dido Fenicia
vagaba en selva grande; el héroe Troyano por ella,
tan pronto estuvo a su lado y la conoció entre las sombras
oscura, como quien a comienzos del mes que se eleva
la luna entre las nubes o ve o piensa que ha visto,
[455] vertió lágrimas y con dulce amor le dirigió la palabra:
«Dido infeliz, ¿noticia veraz entonces a mí
me llegó, que habías muerto a hierro y elegido tu hora final?
¿fui yo, ay, la razón de tu funeral? Por los astros lo juro,

- por los de arriba y por la lealtad, si hay alguna bajo la tierra,
[460] contra mi voluntad, reina, me marché de tu playa.
Mas a mí mandatos de dioses —que ir por estas sombras ahora
me fuerzan, por sitios abyectos de podre y por noche profunda—
con su poder me llevaron; y no pude pensar
que con mi marcha te causaría este tan grande dolor.
- [465] Detén tu paso y no te sustraigas a nuestra mirada.
¿De quién huyes? Por el hado, esto que te digo es el final». Eneas su ánimo que ardía y feroz lo miraba,
con tales dichos calmaba y lágrimas hacía brotar.
Ella, vuelta, en el suelo fijos los ojos tenía
- [470] y su rostro no se movía ante este discurso iniciado
más que si duro sílex fuera o roca Marpesia.
Por fin, se marchó con rapidez y hostil huyó de regreso
al bosque umbrífero, donde a ella su esposo primero
responde con cuidados y Siqueo iguala su amor.
- [475] Y no menos afectado Eneas por el inicuo suceso
la sigue con lágrimas de lejos y, al irse, de ella se apiada.
- Luego, el camino ofrecido prosigue. Y ya tenían los campos
últimos, que, lejanos, los ilustres en la guerra frecuentan.
Aquí le salió al paso Tideo, aquí por sus armas famoso
- [480] Partenopeo y la imagen del pálido Adrasto,
aquí llorados mucho arriba y en la guerra caídos
los Dardánidas, por quienes él, viéndolos a todos en fila,
gimió, a Glauco y a Medonte y también a Tersíloco,
los tres de Antenor, y a Polibete, sacerdote de Ceres,
- [485] y a Ideo que aún tenía su carro al igual que sus armas.
Le rodean almas a diestra y siniestra frecuentes,
y no basta con haberlo visto una vez; les gusta pararse
y seguir su paso y saber las razones de que haya venido.
Mas los jefes de los Dánaos y de Agamenón las falanges,
- [490] cuando vieron al hombre y en las sombras sus armas que brillan,
temblaron con miedo tremendo; volvieron unos la espalda,
cual antaño buscaron sus naves, otros alzaron un hilo
de voz: el clamor comenzado burla a los que abren la boca.
- Y entonces a un Priamida desgarrado por todo su cuerpo,
[495] a Deífobo ve, y lacerado cruelmente de rostro,
de rostro y de ambas manos, y sus sienas despobladas de orejas
arrancadas, y la nariz con vergonzante herida cortada.

- Apenas lo reconoció aterrado y ocultando los crueles
suplicios, a él se dirige con voces conocidas de grado:
- [500] «Deífobo armipotente, linaje de la alta sangre de Teucro,
¿quién deseó propiciarte tan crueles castigos?
¿a quién se consintió tanto contigo? A mí la fama en la noche
suprema trajo que, por gran matanza de Pelasgos cansado,
caíste sobre un montón de carnicería confusa.
- [505] Entonces yo mismo en la playa Roetea un túmulo vano
erigí y tres veces a tus manes con voz potente llamé.
Tu nombre y tus armas guardan el lugar; a ti, amigo, no pude
mirarte y ponerte, al partir, en tierra paterna».
A eso, el Priamida: «Nada dejaste, amigo, de hacer;
- [510] cumpliste todo con Deífobo y sus fúnebres sombras.
Mas mis hados y el crimen de la Lacedemonia funesto
me hundieron en estos males; ella me dejó estos recuerdos.
Pues, cómo la última noche entre falsos placeres
pasamos, conoces: es necesario recordarlo otra vez.
- [515] Cuando el caballo fatal de un salto llegó a la escarpada
Pérgamo y trajo, preñado, tropa armada en su vientre,
ella, fingiendo un coro, en torno llevaba en orgía
a las Frigias gritando; ella misma tenía en medio una llama
enorme y a los Dánaos desde lo alto del alcázar llamaba.
- [520] Entonces, acabado por las cuitas y pesado de sueño,
me acogió el tálamo infeliz, y acostado me pudo
dulce y hondo descanso, y muy parecido a plácida muerte.
Mientras, mi esposa egregia de la casa todas las armas
se lleva, y había apartado de mi cabeza mi espada fiel:
- [525] adentro de los techos llama a Menelao y le abre las puertas,
sin duda esperando que eso sería un gran regalo a su amante,
y podría así borrar la fama de sus viejos pecados.
¿Por qué me entretengo? Entran al tálamo, en compañía
del Eólida que exhorta al crimen. ¡Dioses, lo mismo a los Griegos
- [530] procurad, si es que reclamo castigos con boca piadosa!
Mas ¿qué circunstancias vivo aún —vamos, dime a tu vez—,
te trajeron? ¿Vienes llevado por tu vagar en el piélagos
acaso o por mandato de dioses? ¿Qué fortuna te empuja
para que a tristes casas sin sol, turbidos lugares, te llegues?».

Mientras conversaban, Aurora con sus cuadrigas rosadas
ya había pasado el eje central en su etéreo curso;
y quizás habrían gastado así todo el tiempo otorgado,

pero su compañera Sibila le advirtió y en breve le dijo:
«La noche se va, Eneas; nosotros pasamos horas llorando.

- [540] Éste es el lugar en que la senda se abre a dos partes distintas:
la diestra, que bajo las murallas de Dite grande nos lleva,
aquí es el camino Elisio; mas la izquierda a los malos
castigos procura y a los Tártaros impíos nos manda».
Deífobo por contra: «Gran sacerdotisa, no rabies;
[545] me iré, llenaré el número y volveré a las tinieblas.
Vete, nuestro orgullo, vete; disfruta de hados mejores».
Dijo tan solo y en plena palabra sus huellas volvió.

Mira Eneas de pronto y bajo una peña a la izquierda
contempla anchas murallas de muro triple ceñidas,

- [550] que abraza rápida corriente de llamas que abrasan,
el Flegetonte Tartáreo, que hace rodar rocas ruidosas.
En frente, una puerta enorme y columnas de sólido acero,
que fuerza ninguna de hombres romper en batalla, o los mismos
celícolas podrían; se alza una torre de hierro a las auras,
[555] y Tisífone, sentada, vestida de manto crüento,
guarda insomne el vestíbulo de noche y de día.
De aquí, se oían gemidos y sonaban terribles
azotes; entonces, chirrido de hierro y cadenas a rastras.
Paróse Eneas y escuchó aterrado el estrépito.
[560] «¿Qué clase de crímenes?, oh virgen, dime; o ¿con qué
penas son agobiados? ¿qué es tanto llanto a las auras?».
Entonces la vate así empezó a hablar: «Ínlito jefe de Teucros,
ningún inocente puede pisar este umbral criminal;
pero, cuando Hécate me puso al frente de los bosques Averno,
[565] me mostró ella las penas divinas y por doquier me llevó.
El Cnosio Radamante posee estos durísimos reinos
y castiga y escucha perfidias y obliga a decir
las culpas que arriba cada cual, feliz con inútil engaño,
aplazó para expiarlas tras una muerte tardía.
[570] Al punto a los culpables, provista de un flagelo, Tisífone
vengadora golpea saltando encima y, con torvas serpientes
en su siniestra, a la tropa cruel de sus hermanas convoca.
Luego por fin, chirriando sobre su horrísono gozne, las sacras
puertas se abren del todo. ¿Observas quién de guardiana
[575] en la entrada se sienta, qué rostro los umbrales vigila?
Una Hidra enorme de cincuenta fauces oscuras
tiene, más terrible aún, dentro su sede. Luego el Tártaro mismo

- se abre en abismo tan grande y tiende sus sombras el doble de la altura del cielo al mirar al etéreo Olimpo.
- [580] Aquí el linaje antiguo de Tierra, la joven gente Titania, dan vueltas, por el rayo arrojados en su fondo profundo. Aquí también vi a los Aloidas gemelos, enormes cuerpos, que con sus manos el cielo grande forzar pretendieron y arrojar a Jove de sus reinos de arriba.
- [585] Vi también a Salmóneo pagando crueles castigos, mientras las llamas de Jove imita y del Olimpo el sonido. Él, llevado por cuatro caballos y una antorcha blandiendo, por pueblos de Griegos y por su urbe en medio de la Élida iba triunfante y para sí reclamaba honores de dioses,
- [590] demente, que tormentas y el rayo que no se puede imitar simulaba con bronce y el golpe de caballos cornípedos. Mas el padre omnipotente entre densas nubes su dardo lanzó —no son lo suyo antorchas ni luces ahumadas de teas— y de cabeza en torbellino enorme lo echó.
- [595] Y también Tición, criado por Tierra paridora de todo, podía verse, cuyo cuerpo por nueve yugadas completas se extiende, y un buitre enorme de pico curvado, devorando hígado inmortal y vísceras para esas penas siempre fecundas, busca comida y habita en su pecho
- [600] hondo y no se da a las fibras que renacen descanso ninguno. ¿Qué he de recordar de los Lápitás, de Ixión y Pirítoos? Sobre ellos negro sílice que ya, ya resbala, amenaza simulando que cae; brillan en altos divanes de fiesta escabeles de oro y manjares a las bocas dispuestos
- [605] con lujo de reyes; la mayor de las Furias al lado se acuesta y a las manos prohíbe que toquen las mesas, o se levanta blandiendo una antorcha y su boca retumba. Aquí, los que odiaron a sus hermanos, mientras vida quedaba, o pegaron a su padre y engaños contra su cliente tramaron,
- [610] o quienes a solas guardaron riquezas halladas y no dieron parte a los suyos (que son más numerosos), y los muertos por adulterio, y los que unas armas siguieron impías y no temieron traicionar de sus dueños las diestras, todos, encerrados, su pena esperan. No quieras saber
- [615] la pena, ni qué forma o fortuna hundi6 a estos varones. Una roca enorme ruedan unos y a radios de ruedas atados cuelgan; está sentado y estar6 sentado por siempre

Teseo infeliz y Flegias, el más desdichado de todos,
avisa y con gran voz declara a través de las sombras:

- [620] «Aprended, avisados, justicia y a no desdeñar a los dioses».
Este vendió por oro a su patria y a un señor poderoso
le impuso; fijó leyes y las abolió por dinero;
este invadió el tálamo de su hija e himeneos prohibidos:
osaron todos un delito enorme y lograron lo osado.
[625] Ni si cien lenguas y también cien bocas tuviera,
una voz de hierro, abarcar todas las formas de crímenes,
recorrer todos los nombres de los castigos podría».

- Cuando acabó esto la longeva sacerdotisa de Febo,
«Mas ya vamos, sigue el camino y cumple el deber asumido;
[630] démonos prisa» —dijo—; levantadas en fraguas de Cíclopes
unas murallas diviso y en frente las puertas en arco,
donde dejar estos dones los preceptos nos mandan».
Había dicho y andando al tiempo por la oscuridad del camino,
abrevian el espacio que queda y a las entradas se acercan.
[635] Ocupa Eneas el acceso y su cuerpo de fresca
agua rocía y clava el ramo en el umbral de enfrente.

- Acabados por fin estos actos, hecha la ofrenda a la diosa,
llegaron a lugares alegres y a las amenas praderas
de los bosques afortunados y a las sedes felices.
[640] Aquí un éter más amplio viste los campos de luz
purpúrea, y supieron de un sol propio, de propias estrellas.
Una parte entrenan sus miembros en palestras de yerba,
compiten jugando y en la rubia arena pelean;
otra parte marcan bailes con sus pies y dicen poemas.
[645] Y también el sacerdote Tracio con largo vestido
canta los siete intervalos de las voces con ritmos,
y ya los pulsa con sus dedos, ya con ebúrneo plectro.
Aquí el linaje antiguo de Teucro, bellísima prole,
héroes magnánimos nacidos en años mejores,
[650] Ilo y Asáraco, y Dárdano, que Troya fundó.
De lejos admira armas de hombres y carros vacíos;
hay lanzas en tierra clavadas y en todas partes süeltos
por el campo pacen caballos. La afición a los carros
y a las armas que tuvieron de vivos, el gusto por criar
[655] caballos lustrosos, les acompaña bajo la tierra.
Ve, ahora también, a otros a diestra y siniestra por la hierba

- comiendo y cantando en coro un alegre peán
en medio de un bosque oloroso de lauros, de donde hacia arriba
por la selva la corriente abundante del Erídano rueda.
- [660] Aquí, los que luchando por su patria sufrieron heridas
y los sacerdotes, castos mientras vida quedaba,
y los vates piadosos y los que hablaron dignos de Febo,
o los que cultivaron con artes inventadas su vida
y los que hicieron que otros les recordaran por justas razones:
- [665] se ciñen las sienes de todos estos con nívea cinta.
A ellos en su derredor así les habló la Sibila,
a Museo antes que a nadie (pues en medio una gran muchedumbre
lo tiene y levanta la vista al que con altos hombros destaca):
«Decid, almas felices y tú, el vate mejor,
- [670] ¿qué región a Anquises, qué lugar lo posee? Por él
venimos y cruzamos las grandes corrientes del Érebo».
Y a ésta dio respuesta el héroe así con pocas palabras:
«Para nadie hay casa fija; habitamos en bosques oscuros,
y en lechos de riberas y en prados frescos con ríos
- [675] vivimos. Mas, si así voluntad y corazón os conducen,
superad este collado y ya os pondré en fácil vereda».
Dijo, y echó su paso delante, y campos radiantes
desde arriba les muestra; luego dejan las cumbres supremas.
- Y el padre Anquises en verdeante valle bien hondo
- [680] las almas encerradas y que han de ir a la luz superior
miraba con mucha atención, y de los suyos el número
completo por azar revisaba, sus nietos queridos,
y sus hados y fortunas de hombres, y sus modos y acciones.
Y cuando ve que hacia él se dirigía por entre las hierbas
- [685] Eneas, lleno de alegría le tendió ambas las palmas
y en su rostro cayeron lágrimas y salió voz de su boca:
«¿Viniste por fin y, tan de tu padre esperada,
tu piedad venció el duro camino? ¿Se me da ver tu semblante,
hijo, y oír tus voces conocidas y devolverte las mías?
- [690] Así, en verdad, lo sentía en mi ánimo y que sería pensaba,
contando los tiempos, y no me engañó mi cuíta.
¡Yo a ti, llevado por qué tierras y por cuántas llanuras,
te recibo! ¡a ti, hijo mío, echado en cuántos peligros!
¡cuánto temí que te dañaran los reinos de Libia!».
- [695] Él por su parte: «La tuya, padre, tu triste imagen a mí,
presentándose a menudo, me hizo venir a estos umbrales;

- están las naves en la sal Tirrena. Dame unir la diestra,
dame, padre mío, y de nuestro abrazo no te sustraigas».
Así evocando, con largo llanto al tiempo sus rostros regaba.
- [700] Tres veces intentó entonces dar los brazos en torno a su cuello;
tres veces su imagen, en vano apretada, huyó de las manos,
igual a vientos leves y muy parecida a sueño fugaz:
- Mientras tanto, contempla Eneas en valle apartado
un bosque aislado y follajes de selva que suenan,
[705] y la corriente Letea que baña tranquilas moradas.
Aquí en torno innúmeras gentes y pueblos volaban:
como cuando en los prados las abejas en estío sereno
se posan en flores diversas y en torno a los blancos
lirios se esparcen, resuena todo el campo con su zumbido.
- [710] Se estremece ante esa súbita visión y pregunta las causas
Eneas ignorante, cuáles sean además esos ríos
y qué hombres llenan las riberas en tan gran formación.
Luego el padre Anquises: «Almas a las que por el hado se deben
otros cuerpos, junto a la onda del río Leteo
[715] beben líquidos seguros y largos olvidos.
En efecto hablarte de ellas y mostrarlas delante
hace tiempo deseo, esta prole enumerar de los míos,
para que, de haber encontrado Italia, más conmigo te alegres».
«Oh padre, ¿acaso hay que pensar que de aquí al cielo suben algunas
[720] almas sublimes y que de nuevo regresan dentro de torpes
cuerpos? ¡qué ansia de luz para las desdichadas tan cruel!».
«Te lo diré, en efecto, y no te tendré, hijo mío, en suspenso»
acepta Anquises y en orden muestra las cosas una por una.
- «Lo primero, al cielo y a las tierras y a los campos radiantes
[725] y al luminoso globo de la luna y a los astros Titanios
un espíritu por dentro los nutre y, en sus miembros metida,
una mente agita esa mole y con su gran cuerpo se mezcla.
De ahí, el linaje de hombres y rebaños, y las vidas que vuelan
y los monstruos que el ponto lleva bajo su llanura marmórea.
- [730] De fuego es el vigor y celeste el origen de aquellas
simientes, en cuanto no las retardan cuerpos nocivos
ni las embotan artejos de tierra y miembros que han de morir.
Luego temen y desean, se duelen y gozan, y ni auras
distinguen, encerradas en tinieblas y en cárcel sin luz.
- [735] Es más, cuando en el día postrero las ha dejado la vida,

- no obstante de las míseras ni todo el mal ni todas las pestes corporales se marchan del todo y es por completo preciso que mucho de lo formado tiempo ha arraigue de modo admirable. Y así, son castigadas con penas y de los males antiguos
- [740] pagan suplicios: unas son extendidas, de cara a ligeros vientos colgadas, a otras bajo torbellino sin fin se limpia su crimen infecto o con fuego se quema (cada cual sufrimos sus propios manes. Después por el amplio Elisis se nos manda y alcanzamos pocos los campos alegres),
- [745] hasta que un día lejano, cumplido el ciclo del tiempo, las libra de su mancha formada y deja ya puro el sentido etéreo y el fuego de la aura sin mezcla. A todas estas, cuando por mil años han girado una rueda, un dios al río Leteo las llama en gran formación,
- [750] sin duda para que las bóvedas de arriba vuelvan a ver de nuevo, y comiencen a querer regresar a los cuerpos».

Había dicho Anquises y a su hijo y también a Sibila lleva al centro de la reunión y a la turba ruidosa, y toma una altura de donde en larga fila a todos pudiese

[755] de frente divisar y aprender los rostros de los que se acercan.

- «Vamos ahora, qué gloria seguirá a la prole Dardania después, qué nietos venidos de linaje Ítalo esperan —almas ilustres y que bajo nuestro nombre han de marchar—, te contaré con dichos y te enseñaré tus propios destinos.
- [760] Aquel joven, ves, que se apoya en una lanza sin hierro, tiene a suerte un puesto cercano a la luz y el primero a las auras etéreas se alza, mezclado con Ítala sangre, es Silvio, nombre de origen Albano, tu última prole, que a ti, ya longevo, tarde tu esposa Lavinia
- [765] te dará en unas selvas, como rey y padre de reyes, de donde será de Alba Longa dueño nuestro linaje. Cercano está Procas, aquel, gloria del pueblo Troyano, y Capis y Numitor y el que a ti con su nombre regresa, Silvio Eneas, por igual en piedad como en armas
- [770] egregio, si Alba para reinarla alguna vez recibiera. ¡Qué jóvenes! ¡cuántas fuerzas, mira, nos muestran y cómo llevan las sienes sombreadas por cívica encina! Estos a ti Nomento y Gabies y la ciudad de Fidena pondrán sobre los montes, los fuertes Colatinos aquellos,

- [775] y Pometio y el Castro de Inuo y Bola y Cora también;
estos serán luego nombres, ahora son tierras sin nombre.
Es más, se unirá a su abuelo de compañero el hijo de Marte,
Rómulo, al que Ilia su madre, de la sangre de Asáraco,
criará. ¿No ves cómo hay encima de él penachos gemelos
- [780] y el mismo padre de dioses con su propio honor ya lo señala?
Bajo los auspicios de este, hijo mío, aquella ínclita Roma
su imperio igualará a las tierras, al Olimpo sus ánimos,
y en una para él con un muro rodeará siete colinas,
feliz en fruto de hombres: cual Berecintia la madre
- [785] va en carro por ciudades Frigias, coronada de torres,
alegre de parir a dioses, abrazando a cien descendientes,
todos habitantes el cielo, todos de altos astros señores.
Vuelve ahora acá tus miradas gemelas, contempla este pueblo
y a tus Romanos. Aquí, César y toda de Julio
- [790] la estirpe que ha de venir bajo el eje enorme del cielo.
Aquí el hombre, aquí está el que mucho oíste que se te prometió,
César Augusto, linaje de dios, que áureos siglos
ha de fundar de nuevo en el Lacio, por los campos reinados
por Saturno antaño, y sobre Garamantas e Indos también
- [795] llevará su imperio; yace su tierra más allá de los astros,
más allá de las vías del año y del sol, donde Atlas celífero
gira el eje en su hombro, apto para estrellas ardientes.
A su llegada, ya ahora incluso los reinos del Caspio
se aterran por las respuestas de dioses, y la tierra Meotia,
- [800] y las bocas inquietas del Nilo de siete brazos se turban.
Ni siquiera el Alcida recorrió tierras tan grandes,
aunque a la cierva de pezuña de bronce hirió, o de Erimanto
los bosques puso en paz y a Lerna hizo temblar con el arco;
ni el que victorioso gobierna sus yugos con riendas de pámpano,
- [805] Líber, que lleva sus tigres desde la alta cumbre de Nisa.
¿Y dudamos aún extender el valor con nuestras hazañas
o es que el miedo nos prohíbe en tierra Ausonia asentarnos?
¿Quién es aquél que a lo lejos, ornado con ramos de olivo,
lleva objetos sacros? Conozco el cabello y las barbas canosas
- [810] del rey Romano que con sus leyes la primera ciudad
fundará, desde la pequeña Cures y un pobre terruño
enviado a un imperio enorme. Luego de él llegará
el que rompa la paz de la patria y mueva a las armas,
Tulo, a los hombres ociosos y a las tropas de triunfos

- [815] ya olvidadas. A él seguirá Anco el muy jactancioso,
que ya ahora se ufana de más con el favor popular.
¿Quieres a los reyes Tarquinius y el alma soberbia
de Bruto vengador contemplar, y los haces devueltos?
Este el primero el mando de cónsul y las crueles segures
- [820] tomará y como padre a sus hijos que causan guerras de nuevo
llamará en nombre de la hermosa libertad al castigo.
¡Infeliz!; se tomen como sea estos hechos sus descendientes,
vencerán su amor a la patria y el inmenso deseo de gloria.
A Decios y Drusus a lo lejos, y al cruel con el hacha,
- [825] mira a Torcuato, y a Camilo que vuelve a traer las enseñas.
Pero aquellas que ves refulgir bajo armas parejas,
almas concordadas ahora y mientras son por la noche oprimidas,
¡ay, cuánta guerra entre ellas, si de la vida las luces
acaso alcanzan, cuántas tropas y matanza han de mover,
- [830] el suegro de las cumbres Alpinas y del alcázar Moneco
bajando, el yerno provisto de enemigos Orientales!
No, jóvenes, no acostumbréis los ánimos a guerras tan grandes
ni volváis contra las entrañas patrias las fuerzas robustas;
¡y tú antes, tú contente, que traes del Olimpo tu estirpe,
- [835] tira los dardos de tu mano, sangre mía!
Aquel a los altos Capitolios triunfantes desde Corinto
vencedor llevará el carro, insigne por los Aqueos caídos.
Aquél Argos y Micenas la de Agamenón destruirá
y al propio Eácida, linaje de Aquiles armipotente,
- [840] vengando abuelos de Troya y templos de Minerva manchados.
¿Quién a ti, gran Catón, callado o a ti, Coso, puede dejar?
¿Quién, al linaje de Graco o a los gemelos, dos rayos de guerra,
Escipiadas, azote de Libia, y al poderoso con poco,
a Fabricio, o a ti, Serrano, que siembras en surco?
- [845] ¿A dónde, Fabios, me lleváis cansado? Aquel Máximo eres tú,
el único que nos devuelves el Estado dudando.
Fundirán bronces que respiran otros con más calidad
(ciertamente lo creo), sacarán rostros vivos del mármol,
defenderán causas mejor, y los cursos del cielo
- [850] trazarán con el radio y dirán de los astros que surgen:
tú regir con tu imperio los pueblos, Romano, recuerda
(estas serán tus artes), y tu ley imponer en la paz,
respetar al sometido y derribar al soberbio».

Así el padre Anquises, y añade esto ante su asombro:

- [855] «Mira cómo Marcelo, insigne por los despojos opimos,
avanza y victorioso destaca sobre todos los hombres.
Este el Estado Romano, agitado por gran turbación,
sostendrá caballero, a Púnicos tirará y al Galo rebelde,
y las armas cogidas pondrá tres veces al padre Quirino».
- [860] Y entonces Eneas (pues al tiempo veía avanzar
un joven egregio de forma y de armas fulgentes,
mas su frente poco contenta y sus luces en rostro abatido):
«¿Quién, padre, es aquél, que así acompaña al hombre que viene?
¿Su hijo o acaso alguno de los nietos de su noble linaje?
- [865] ¡Qué estrépito de acompañantes en torno! ¡y en él, cuánto valor!
mas noche oscura rodea su cabeza con sombra funesta».
Entonces el padre Anquises comenzó con lágrimas que brotan:
«Oh hijo, no quieras saber el inmenso dolor de los tuyos;
los hados en la tierra a este mostrarán tan solo y no más
- [870] dejarán que sea. A vosotros la estirpe Romana en exceso
potente os sería, dioses, si este don hubiera tenido.
¡Cuántos gemidos de hombres junto a la urbe grande de Marte
ha de llevar aquel campo! ¡o qué funerales verás,
Tiberino, cuando corras junto a su tumba reciente!
- [875] Ningún hijo del pueblo Iliaco a sus abuelos Latinos
alzará con tanta esperanza, ni nunca la tierra
de Rómulo se jactará tanto de haber a alguien nutrido.
¡Ay, piedad, ay, antigua lealtad y diestra en la guerra
invicta! Nadie habría salido sin daño de haberle
- [880] hecho frente armado, ya fuera hacia los enemigos a pie
ya con espuelas dañara ijares de espumante caballo.
¡Ay, joven digno de lástima, si tu áspero hado rompieras!
¡Tú serás Marcelo! Traed las manos llenas de lirios,
esparza yo purpúreas flores y el alma del nieto
- [885] cubra al menos con estos dones, y cumpla este vano
honor». Así vagan libres por toda aquella región
en los anchos campos aéreos y todo contemplan.
Tras llevar Anquises a su hijo por cada lugar
y encender su ánimo con el amor de la fama que llega,
- [890] memora luego al hombre las guerras que ha de llevar,
y le enseña los pueblos Laurentes y la ciudad de Latino,
y de qué modo y qué esfuerzo podrá evitar o sufrir.

Tiene el Sueño dos puertas gemelas, de las que una se dice
de cuerno, por donde se da fácil salida a sombras veraces,

- [895] la otra, brillante, está acabada de blanco marfil,
mas al cielo envían los Manes falsos ensueños.
Allí entonces Anquises a su hijo y con él a Sibila
acompaña hablando y los envía por la ebúrnea puerta;
él corta el camino hacia las naves y vuelve a ver a sus socios.
- [900] Entonces al puerto de Cayeta derecho se llega.
El ancla se echa desde la proa, están en la playa las popas.